

¡oh Cruz! que todos nosotros, los que hemos venido aquí á celebrar tus triunfos y á dirigirte nuestras plegarias, seamos del número de los que vayan contigo benditos del Hijo para gozar con el Padre y el Espíritu Santo tus preciosos frutos por toda la eternidad.—Así SEA.

---

SERMON  
**SOBRE LA SANTA CRUZ**

PREDICADO POR EL

**R. P. FRAY PABLO BARRIOS**

EN

SAN DIEGO DE MEXICO, EN 1849

---

*Sicut Moyses exaltavit serpentem in deserto, ita exaltare oportet Filium hominis, ut omnis qui credit in ipsum non pereat, sed habeat vitam eternam.*

Joan., III.

Así como Moisés exaltó la serpiente en el desierto, conviene al Hijo del hombre ser exaltado en la Cruz, para que no perezca todo el que cree en él, sino que goce de la vida eterna.

1. ¿Quién había de creer, hermanos míos, cuando al nacer el alba anunciaba el ángel del Señor á los pastores la feliz llegada del Mesías prometido según la ley y los profetas para que corrieran sin dilación hácia Belén, donde le verían pobre y humilde entre las pajas, pero mas brillante que el sol, que llegaría un día en que el alborozo y contento se convirtieran en tristeza y llanto? ¿Quién pudiera decir que el Rey pacífico, que brillaba sobre to-



dos los reyes del universo, á quien adoraron los reyes de Sabá para presentarle, no solo sus coronas, sino oro, incienso y mirra tributándole sus homenajes, quién hubiera dicho, repito, que á ese júbilo y á esa alegría sucederian días en que desconocido de los judios y de los romanos, de los grandes y de los pequeños, de los ciudadanos y de los soldados, sería juzgado y condenado á una muerte ignominiosa: *morte turpissima, inqúrent condemnemus eum*, para acabar los preciosos momentos de su vida admirable en el madero de la Cruz como el mas infame malhechor?

2. Todos los cristianos nacidos y por nacer hubieran afirmado que las figuras, símbolos, vaticinios y todo lo dicho por los profetas habia de tener su verificativo y su mas exacto cumplimiento. Baste esto para haceros saber, ¡oh católicos! que pasaron todas aquellas figuras bajo las cuales se escondía aquel caudal infinito de misericordia, y corriendo el velo sobre todas ellas, se nos han manifestado de suerte que no podemos dejar de confesarlo. ¿Qué día puede ser mas propio para este reconocimiento y sincera confesion, que el que está dedicado á celebrar con la mas festiva y solemne pompa, el rico tesoro, el precioso leño de la Cruz, y una de las prendas mas seguras del amor de nuestro Dios, que quiso morir en ella? Sobre tí, ¡oh Cruz saludable! sobre tí satisfizo el mas inocente de los hombres nuestras crecidísimas deudas. Sobre tí llevastes el peso de nuestra salvacion, y nos distes con la mayor liberalidad y franqueza el mas ópimo y sazonado fruto de vida. ¡Oh Cruz sacrosanta, objeto hoy de toda la Iglesia, dulce refrigerio y consuelo del cristianismo; quién me diera las mas persuasivas voces para poder imprimir en los corazones de los que me escuchan, no las ignominiosas afrontas del madero, sino las grandes humillaciones de Jesus!

3. Ojalá fuera tanta mi dicha que, purificados mis labios con la misteriosa ascua de fuego, como los del profeta Isaías, pudiera cantar dignamente las misericordias

de Dios, y haceros ver como es debido las ventajosísimas excelencias de su santísima Cruz! Espíritu divino, auxiliadme. Poderosísima mano del Dios fuerte, asistidme en empresa tan ardua, para que la Cruz, que fué antes blanco del desprecio y del horror, sea desde ahora nuestro consuelo, nuestra gloria, y una incesante memoria de nuestra gratitud á tan inefables beneficios. Saludémosla con reverencia y digámosla con la mayor devocion: Cruz bendita, Cruz adorable, Dios te guarde como nuestra única esperanza. *O Cruz, ave spes unica!*

4. La Cruz, antes de que Jesucristo fuese clavado en ella, era un puro suplicio; pero despues que la consagró con su muerte, se convirtió en un gran misterio; misterio que aunque alguna vez los maestros de Israel le reputaron por escándalo, y los sabios de Grecia por locura, solo fueron esos juicios olas espumosas de una mar embrevada que vienen á estrellarse contra la arena, adorando la señal del dedo poderoso que les ha puesto en la ribera los límites que jamás traspasarán con su furor: *Usque huc venies, et non procedes amplius; hic confringes tumentes fluctos tuos*. Así fué, porque toda altanería se humilló, todo entendimiento se despojó, toda sabiduría se ocultó; y adorando humildemente la locura de la Cruz, llegaron á conocer que lo que parece en Dios menos sabio, es mas sabio que toda la subiduría de los hombres: *Quod stultum est Dei, sapientius est hominibus*. Sea así enhorabuena, y pues Cristo vive, Cristo reina, Cristo impera, y el estandarte de su Cruz resplandeciente está enarbolado desde el uno al otro polo, alegrémonos, cristianos, entonando en este tiempo pascual melódicos himnos y cánticos de júbilo. Regocijémonos porque en la Cruz de nuestro Redentor fué destruido el pecado, vencida la muerte y desarmado el infierno. En la Cruz, hermanos míos, según el culto y homenaje que la deis, hallaréis todo el bien y felicidad que apeteciais. En la primera parte de mi discurso probaré que la fe y el amor exigen el culto interno y la reverencia y honor á la Cruz; y en la



segunda os enseñaré que si no nos abrazamos de la Cruz santa y no nos mortificamos interior y exteriormente, jamás podremos agradarla ni lograr los frutos de la Redención.

### PRIMERA PARTE.

5. Es propio de la soberanía, majestad y grandeza de nuestro Dios, tener lugares consagrados á su nombre, donde derrame abundantísimas gracias sobre sus criaturas, y donde éstas le puedan rendir sus homenajes de culto, religion y veneracion profunda. ¡Ah! cuántas gracias, cuántos beneficios y cuántas misericordias no produjo el Eterno en la Cruz que con resignacion abrazó su único Hijo hasta morir en ella para ser nuestra luz! Con qué profusion no las derramaria sobre las almas que en espíritu y verdad la den todo el culto internísimo y el mas puro honor que demandan la fe y el amor? La fe, señores, que como dice el Apóstol, es la sustancia de todas nuestras esperanzas: *Fides sperandarum substantia rerum*, no es otra cosa sino una luminosa antorcha para conducirnos infaliblemente á que creamos lo que Dios nos dice y la Iglesia nos propone; es la que nos induce en la mañana para que en las sacrosantas aras del altar, donde se nos presenta el nobilísimo trofeo de nuestra felicidad, confesemos que ese sagrado Leño es el que, segun estaba profetizado, habíamos de hallar los cristianos nues-

tra justificacion. En ese precioso madero estribó la salud del mundo: *Ecce lignum crucis in quo salus mundi pependit*; de modo que, la predicacion del Señor no hubiera producido todo su efecto, si sus palabras no hubiesen estado animadas al mismo tiempo con sus trabajos y congojosas agonias en la Cruz adorable. ¡Qué grandeza, qué gloria, qué consuelo tan inexplicable para todos los redimidos!

6. ¿Y no exige esta Cruz santa, bendita y admirable, todo nuestro culto, obsequio y respeto? No debemos darle el mas puro, justo y debido honor que merece por haberla santificado nuestro amabilísimo Jesus y ennoblecido hasta el grado de elegerla para instrumento cruelísimo de sus castísimos miembros y sacrosantas carnes? ¿Qué objeto mas grande de piedad é inaudita fineza podríamos haber esperado los redimidos, que el que nos diera su sangre deifica, su propio cuerpo, su alma purísima y su fino corazon en el patibulo afrentoso de la Cruz, en cambio de nuestras almas? En aquella Cruz enya inmensísima caridad abraza desde el uno al otro extremo del universo todos nuestros corazones. En aquella Cruz amorosa, que fué escogida por el Señor por ser mas ígominiosa, para que fuera así mas meritoria y gloriosa y nosotros quedáramos libres de nuestros pecados, conforme á las riquezas de su gracia. En aquella Cruz á la que se debió la fecundidad del Evangelio, pues éste no es otra cosa sino el reino de la Cruz en nuestros corazones, para que abrasados con la mortificacion interior, y unidos con la voluntad del Señor, podamos conseguir el reino interminable de su gloria.

7. Esa gloria es, en expresion de la Escritura, una celestial Jerusalem, una morada tan inaccesible que, ni el ojo la vió, ni el oído la oyó, ni puede caber su grandeza en el corazon: *Nec oculus vilit, nec auris audivit, nec in cor hominis potest ascendit*. Sin embargo, hermanos míos, si la fe anima nuestras esperanzas, si sus claras luces ilustran nuestro entendimiento, si la esperanza corro-



hora nuestros deseos, si nuestra caridad vivifica nuestro amor, y nuestra ardiente devoción ratifica nuestros propósitos, daremos á la Cruz adorable de nuestro Redentor el culto interno que se merece y el honor á que se hace acreedora por las grandes excelencias que logramos en ella. Entonces, sí, entonces, ¿quién no creerá que vuestra fe sea viva y tan activa, que cuidando de acompañarla de las mas buenas y santas obras, podáis hacerla mas eficaz y constante? Entonces, vuestro conato y afán, juntamente con vuestros ojos fijos en la Cruz, norte seguro en el proceloso mar de este mundo, para vivir mortificados con los trabajos de la Cruz, podreis como otro Pablo gloriaros en ella de buena gana. *Nos autem gloriari oportet in Cruce Domini nostri Jesu Christi.* Entonces podremos exclamar y decir con cordial afecto y verdadero amor: ¡Hermosísima Cruz, mas resplandeciente que los astros juntos, celeberrima eres para el mundo, amable para los hombres y santa para el orbe: *O Cruz, splendidior cunctis astris, mundo celebris, hominibus multum amabilis, sanctorum universis!*

8. Si, señores; esa Cruz sacrosanta que representa su original, y cuya milagrosa invención debe el cristianismo á la solicitud piadosa y generosa de Santa Elena, madre de Constantino, emperador de Constantinopla; á Elena, devotísima del Calvario, que, á pesar de su avanzada edad de ochenta años, abrasada de los mas ardientes deseos de fe, devoción y amor, subió hasta el monte Gólgota para encontrar el sagrado madero, y en su descubrimiento hubiera consumido todo su imperial tesoro por tan feliz hallazgo. Coronados vió sus esfuerzos y conseguido su fin, y el cielo la enriqueció con las tres cruces del Cristo, Dimas y Gestas, pero surgió la duda acerca de cual de ellas seria la cruz legitima del Cristo. Sobre las tres, segun el prudentísimo consejo del obispo San Macario, tendieron á unos enfermos cercanos al sepulcro, y unos cadáveres, y al contacto de la cruz de Jesucristo sanó una enferma, y volvió á la vida un difun-

to. ¡Oh maravillas, oh milagro de la Providencia soberana y portentosa de la invención de la Cruz! Venerémosla, cristianos, como remedio de nuestra reparación; tributémosla nuestro homenaje y adoración, nuestro culto y nuestro amor, y desde luego será siempre el mas justo y el mas debido segun lo exigen el reconocimiento y la gratitud de todo el cristianismo.

## SEGUNDA PARTE.

9. Si es un dicho vulgar que amor con amor se paga, ¿cuál será el que debemos á nuestro Dios hombre, que no solo se satisfizo muriendo en la Cruz por nosotros, sino que aun nos exhorta y dice que jamás será su discípulo el que no cargue la Cruz y le siga para darle la mas irrefragable prueba de gratitud: *Qui non bajulat Crucem suam, et venit post me, non potest meus esse discipulus* (1). ¿Quién podrá explicar lo mucho que vale una cruz para un cristiano á vista de aquella suma importancia con que Jesucristo para redimirnos quiso ser exaltada en otra? ¡Ah! el hombre no conoce desde luego su valor, ni tampoco el de la sabiduría, el de aquella verdadera sabiduría que se halla y adquiere al pié de la Cruz, cuya leche y miel han sabido gustar los verdaderos amantes del Señor crucificado. *Nescit homo pretium ejus*, dice el pacientísimo Job, cap. XXVIII. En efecto, si la religion nos enseña que el Salvador consagró la Cruz con su muerte, y por eso la

(1) Luc. XIV, 27.



hizo inmensísimamente preciosa, debemos inferir que no hay felicidad, gusto, ni bien temporal alguno que iguale ni su precio, ni el mérito que contraerán todos los verdaderos cristianos que la sacrifiquen el culto externo que demanda un fino corazón, una justa gratitud y un debido reconocimiento. Proceurad comprender la verdad de estas expresiones, pues son solidísimas y están fundadas en la verdad de la religion y de la experiencia.

10. Si, ningun bien temporal, vuelvo á repetir, puede igualar el precio de una cruz humildemente aceptada, ni mucho menos el premio incomparable que está reservado al que con gusto la sufra y mayor paciencia la cargue. Luego es ciertísimo, señores, que sin dar nuestras humildes adoraciones á la cruz y vivir abrasados con la mortificacion exterior é interior de nosotros mismos, no podremos ser dichosos. La Cruz sola puede alcanzarnos de Dios todos los bienes. Esta verdad irrefragable nos la asegura San Mateo diciendo: "El que me sigue con resignacion nunca andará envuelto ó confundido entre las tinieblas, sino que gozará de una luz clara y de una vida eterna: *Qui sequitur me non ambulat in tenebris, sed habebit lumen vite*, dijo el Señor. Aun puedo añadir que gozará tambien en esta vida de una extraordinaria alegría, no de aquella aparente ó superficial, como llama San Juan Crisóstomo á la que da el mundo, que solo consiste en el placer de los ojos por ver las hermosuras terrenas: *Hæc est lætitia oculorum*, sino de aquella suma alegría é inefable gozo que el Señor concede á los que le sirven y padecen con él y por él, que estriba en el regocijo del corazón, como lo confirma el Profeta diciendo: *Dedisti lætitiã in corde meo*. Fúndase igualmente, señores, esta alegría, en la fe que halla todo alivio y consuelo en aquellas mismas cosas que, aunque horrorizan á la misma naturaleza, regocijan el cuerpo y el espíritu del justo en la tribulacion y amargura de la cruz, como lo experimentó el Apóstol: *Superabundo gaudio in omni tribulatione nostra*.

11. Por lo tanto, católicos, la cruz de los trabajos nos es indispensable para lograr la felicidad y bien de nuestras almas. Esta ley será desagradable y parecerá terrible á los amadores del siglo, y ciegos pecadores que no presten firme ascenso á mis doctrinales expresiones. No así al verdadero cristiano que, no solamente tributa sus obsequios y respetos á la santa cruz, sino que se deleita en darla todo el culto externo é interno que le exigen la fe, el amor y la gratitud, juntamente con los trabajos y penas que sufre con conformidad; trabajos y angustias que mira, no como males, sino como verdaderos bienes, porque sabe que Dios es quien los envía. Estos harán que prorrumpa desde luego como otro San Pablo: "Señor y Dios mio, yo en mis congojas y pesares, en mi angustia y tribulacion, en mi padecer y en mi afliccion, en mis trabajos y en todas mis enfermedades, jamás dejaré de gloriarme de buena gana, para que en mí habite ó conmigo esté siempre la virtud de Cristo: *Libenter gloriabor in infirmitatibus meis, ut inhabitet in me virtus Christi*. ¡Qué grandeza, qué inalterable paz gozan los sectarios de la cruz!

12. Almas que me estais oyendo y que presentais un corazón dócil y tierno, no solo á la palabra evangélica sino á las humillaciones del Calvario, decidnos si no es cierto que en seguir los impulsos de la divina gracia hallais, aun en los mismos dolores de la cruz y en los rigores santos de la penitencia, un dulce sosiego y una tranquilidad inalterable de conciencia, en que arrebatadas muchas veces como otro Pablo de un torrente inagotable de delicias, exclamais con vuestro Dios y crucificado dueño: *Secundum multitudinem dolorum meorum, consolationes tue lætificaverunt animam meam*. Con vosotras hablo, almas devotas que estais muertas y crucificadas por la tierna memoria de la cruz, no con aquellos hombres puramente carnales que con su infame conducta se declaran enemigos de la cruz de Jesucristo. Estos no ven en ella mas que pobreza y desnudez; vosotras por la fe des-



cubris en ella inmensas riquezas de gracia y salvacion. En vista de esto, hermanos míos, buenos y malos, justos y pecadores, veneremos la cruz del Salvador como fuente inagotable de misericordia; rindámosle todos adoracion, culto y homenaje, para que así seamos visitados en nuestras congojas y penas, con los consuelos que el Señor derrama sobre los amantes de la cruz. Lleguemos hoy todos delante de esas Aras sacras, para que derramando las mas copiosas lágrimas de virtud y reconocimiento, digamos con fervor, espíritu y devocion: "Te besamos y adoramos, ¡oh santa Cruz! En ti ponemos nuestro afecto, nuestra boca y nuestro corazon, como objeto único de nuestras esperanzas; alcánzanos, en fin, Cruz admirable, de aquel Dios de piedad á quien amorosa distes los brazos, los socorros de la gracia en la presente vida, y despues en la otra eterna los contenidos de la gloria que á todos os deseo.—AMEN.

---

SERMON

SOBRE

LOS ENEMIGOS DE LA CRUZ DE JESUCRISTO

SUS EMBATES Y SUS PERDIDAS

PREDICADO

POR EL PRESBITERO JOSE JOAQUIN DIAZ

EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE OAXACA  
EL 14 DE SETIEMBRE DE 1868

---

Multi...*(et flets dico)* inimicos crucis Christi.

S. Pablo ad Philip., c. III. v. 18.

Hay muchos (y lo digo llorando) que son enemigos de la Cruz de Jesucristo.

ILLMO. SEÑOR:

La Cruz de Jesucristo no hizo una entrada pacífica en el mundo. Desde que apareció á los ojos del hombre, combatió y fué combatida con encarnizamiento. Los pueblos, preocupados, rechazaron como enemigo el simbolo agosto de la Redencion, el remedio de los males de que eran víctimas.

Vaticinada habia sido esa lucha gigantesca. *Este Niño será un signo de contradiccion*, dijo el santo viejo Si-



meon, teniendo á Jesus en sus brazos. *No creais*, aseguró despues el Salvador, *que yo he venido á traer la paz á la tierra; yo no he venido á traer la paz sino la espada*. El combate, pues, era el destino de la Cruz. Despues de diez y nueve siglos de lucha combate aún, y aunque en pié, combate siempre y oye gritos é imprecaciones de furor y de odio en torno suyo; sin embargo, majestuosa y serena, llena su mision salvadora y predomina gloriosa en medio de sus enemigos. Sus triunfos le suscitan nuevos adversarios, pero desengañados ó impotentes rinden párias al divino lábaro del Calvario. Nuevos elementos unas veces y otras; armas ya embotadas emplea cada siglo el genio del mal contra la Cruz, pero plantada en la roca de las edades, conjura la tempestuosa borrasca. Ya parece sobreponerse el infierno al poder de todo un Dios, cuando el horizonte asoma la luz, y vuelve el reposo á los corazones.

Pero no se conforma la Divinidad, atenta siempre á exaltar la Cruz del Salvador, con honrarla por triunfos de un carácter universal, sino que por sucesos particulares hace brillar, en la Egipte adorable de nuestra salud, su virtud omnipotente. Hoy, con toda la Iglesia, conmemoramos la exaltacion de la Santa Cruz; pero nosotros en esta solemnidad tenemos un objeto especialísimo, recordamos un prodigio, ó mejor dicho, una serie de prodigios que exclusivamente en nuestro obsequio ha obrado Dios por la Santa Cruz de Huatulco, el movimiento religioso mas célebre del Nuevo Mundo y el tesoro mas valioso que á ningun pueblo de América donó el cielo por su origen extraordinario, por el número y calidad de sus milagros y por sus gloriosos triunfos sobre sus enemigos.

Para reavivar la confianza y aumentar la devocion á la Santa Cruz, voy á hacer un estudio de sus enemigos en sus ataques y en el éxito que hayan obtenido; de cuyo estudio resultará comprobada la exaltacion de la Cruz de Jesucristo para consuelo de los buenos y confusion de los

malos; y si San Pablo vertia copiosas lágrimas considerando el rencor gratuito de los enemigos de la Cruz, nosotros, por el contrario, experimentáremos trasportes de gozo y alegría palpando la exaltacion de la Santa Cruz en sus triunfos y en la vergüenza de sus enemigos.

En gracia de la claridad divido en dos secciones este discurso. En la primera, trataré de los triunfos de la Cruz de Huatulco en esta iglesia particular de Oaxaca; y en la segunda, de los triunfos de la Cruz en la iglesia universal; de este modo veréis á los enemigos de la Cruz rendidos al pié de la enseña sacrosanta del Calvario, como trofeos de sus victorias; pero antes pidamos la divina gracia por la mediacion de la Virgen augusta, que en su éxtasis, vió pasar delante de sí todas las maravillas obradas por la Cruz. AVE MARIA.

---

Profundamente misericordiosas fueron, sin duda, las miras de la Divinidad al donarnos la inapreciable prenda de la Cruz de Huatulco. Presagio feliz de dicha positiva aparece en nuestro propio suelo, como la aurora de un nuevo y venturoso dia, en un tiempo en que todavia viviamos sentados en las tinieblas del error y en las sombras de la muerte, para que cuando profesáramos la verdad católica, fuera para nosotros astro refulgente que esclareciera nuestros conocimientos en órden á la salvacion; misterioso báculo que sostuviera nuestros trémulos y vacilantes pasos en el camino de la virtud; égida celestial que nos cubriera de los embates constantes de los ene-



migos de nuestras almas. Me parece que, para significarnos esa misión salvadora, dispuso la Divinidad que la Santa Cruz de Huatulco se plantara bajo la brillante constelación que en las regiones meridionales nos muestra el firmamento en cierto periodo del año: *la cruz del Sur*; á la manera que indicó que, en la gruta de Belen se iniciaba la salud del mundo, una resplandeciente estrella que bañó con sus rayos la cuna del Hombre-Dios. Estos altos destinos de la Cruz de Huatulco entre nosotros han venido á ser confirmados por asombrosos sucesos, consignados en testimonios irrefragables. Según la tradición, el mismo apóstol Santo Tomás, ó por lo menos uno de los inmediatos discípulos de los apóstoles, trajo la Santa Cruz y la puso con sus propias manos en la playa de Huatulco, diciendo á los naturales: "Aquí os dejo la señal de todo remedio, tenedla con veneración y respeto, porque tiempo vendrá en que os haga entender el Señor del cielo y de la tierra lo que debéis á este santo Madero." Ellos de tal suerte experimentaron su celestial virtud, que unánimemente la llamaban: *Arbol de universal remedio*. Pero Dios, que quería ensalzar la Santa Cruz mostrándola como el hogar de su omnipotencia y el martillo de sus enemigos, permitió las profanaciones de un pirata hereje, en quien parecía haber encarnado todo el odio del infierno, porque Tomás Cabrig, al desembarcar en Huatulco, observando con profunda indignación el culto y la general confianza que había inspirado la Santa Cruz, determina destruirla, no omitiendo cuantos medios podía sugerirle la impiedad, tan fecunda en todos los enemigos del nombre cristiano. Emplea, en efecto, hachas, sierras, cables, fuego; pero... ¡oh prodigio! las hachas se hacen astillas, las sierras se despedazan, rómpanse los cables; y el fuego, perdiendo su natural violencia, no causa lesión alguna á la enseña sacrosanta de nuestra Redención.

El mismo Dios que, para expiación de nuestros pecados y para que sepamos apreciar el tesoro de la fe, haciéndonos sentir los males que envuelve el olvido de su

santa ley, ha consentido hoy en la demolición de nuestros templos y de nuestros altares, fué quien en aquellos remotos tiempos y con fines igualmente elementales, conservó incólume la Santa Cruz contra los esfuerzos desesperados de un hereje, personificación de los enemigos de la Cruz é instrumento ciego de las divinas misericordias.

Desde entonces, multiplicándose los prodigios de la Santa Cruz en favor de toda suerte de necesidades, se trató maduramente de la traslación del insigne simulacro; pero ese honor estaba reservado á un digno sucesor de los Zárates y Ledesmas, esclarecidos obispos de Oaxaca, al Illmo. Sr. Dr. D. Juan de Cervantes. El auténtico los portentos de la Santa Cruz, dió conocimiento de ellos á la Silla apostólica y promovió sus cultos, construyendo en este templo una capilla y estableciendo la solemnidad presente. Nuevo Obbedon, el Illmo. Sr. Cervantes trajo á nuestra misma casa esa misteriosa arca, la Santa Cruz, á que se vinculan tantas bendiciones; y como al verdadero Obbedon premió el cielo su piedad en su gobierno feliz, en la fama de sus virtudes y en una muerte preciosa. ¡Oh Pontífice ilustre! desde el sepulcro, tu santa sombra vió propagarse la fe y la devoción á la Santa Cruz, tierno objeto de tu amor; y en los peligros y necesidades comunes, nos veía agrupados en torno del estandarte real de nuestra religión, encontrando bajo su amparo una virtud enteramente divina que nos libraba de las asechanzas de nuestros enemigos. Pero de medio siglo á esta parte, esa santa sombra mira torva é iracunda el resfriamiento y hasta el olvido de la Santa Cruz y de sus maravillas; y privados voluntariamente de tan alta protección, ve cómo el sutil veneno del racionalismo y del vicio, penetrando nuestras arterias silenciosa y mortalmente, carcome y destruye, con nuestra fe y nuestra piedad, la antigua y ferviente devoción á la Santa Cruz. Descansa en paz, ¡oh, gran Pontífice! que si no ya una convicción propia, amargos desengaños y el conocimiento de las pérdidas agresiones de nuestros enemigos nos



arrancarán la venda de los ojos; y arrepentidos y palpitando de esperanzas, volveremos al culto y devoción del augusto Madero, luz celestial que nos vivifica y escudo poderoso que nos defiende.

Bien sabia la Divinidad los siniestros que en el porvenir vendrian sobre nosotros; y con profunda prevision nos deparó la Santa Cruz, tan á propósito para señorear con su poder los elementos desencadenados. Un diluvio de mentiras y de excesos debian invadirnos, y por esto levanta Dios con tiempo la Cruz entre nosotros por tantas maravillas y nos la presenta como el solo objeto capaz de ilustrarnos y preservarnos de los engaños del espíritu sofístico del siglo diez y nueve, porque la Cruz es el triunfo de la verdad divina sobre los delirios humanos: la Cruz es la raíz única de la vida del hombre: solo en la Cruz y por la Cruz halla reposo nuestro pobre corazón: solo en la Cruz y por la Cruz encuentra gozo, abnegacion, pureza, paz y verdadera dicha. Nosotros, cuyos corazones se han conmovido hondamente temiendo por los vitales intereses de la religion y de la Iglesia: nosotros, que en el abismo de nuestros sobresaltos é inquietudes, hemos buscado sostén y amparo en el cielo, yo os señalo para lo sucesivo, como baluarte y muro de defensa inexpugnable, á la Santa Cruz de Huatulco. La efigie omnipotente que humilló la insolencia sacrilega del corsario inglés, humillará igualmente á los gratuitos enemigos de los misterios que en ella se consumaron: la efigie omnipotente que se dió generosa en fragmentos de si misma á los fieles, que se dejó mover para estar entre nosotros de los leves impulsos de los cristianos, pero que resistió como una roca al hierro, al fuego y á los cables del pirata, no nos abandonará cuando la invoquemos confiados y sinceramente arrepentidos; y si Oaxaca ha sido un pueblo privilegiado entre los pueblos del Nuevo Mundo, porque á ningun otro se dispensó un beneficio tan singular en todas sus circunstancias, suficiente fundamento tenemos para prometernos de esta Cruz divina señalados fa-

vores, especialmente en apuros supremos: hé aqui los triunfos de la Cruz en esta Iglesia particular; pero demos ahora á su poder mas dilatado campo, considerando sus triunfos en la Iglesia universal.

El primer enemigo que pretendió empañar las glorias de la Cruz, fué el judaismo. Objeto de singulares favores de parte de Dios, los judios creyeron en la superioridad de su raza, despreciaron altamente á los gentiles; y en el Salvador prometido por la ley y los profetas, vieron á un poderoso conquistador de los reinos de este mundo que los haria dueños de todos los pueblos. Por eso su sorpresa no tuvo limites, cuando se les presentó Jesucristo anunciándoles su mision, pobre, sin aparato alguno de grandeza. Un Mesias tan contrario á sus ideas no podia esperar de los judios otra cosa que el desprecio, el escarnio y el ódio. Nada les impresionaban los milagros del Señor ni la sabiduria de su doctrina, ni la popularidad de su mision; consideraban á Jesucristo como el destructor de su gloria pasada y de las esperanzas de su gloria futura. El egoismo judaico no podia sufrirlo, y vino á ser necesariamente el Salvador el blanco de sus tiros, hasta haberle dado muerte de Cruz. Todavía más; tomaron minuciosas precauciones para impedir la Resurreccion. Pero ¿cuál seria su admiracion y su rabia, cuando levantándose la Cruz victoriosa de la muerte, se presentó á sus adoraciones? Contra la Cruz, los judios cada dia renuevan sus furores, porque es testigo de su orgullo, de su in-



gratitud y de su crueldad; porque les manda abrazar á todos los hombres como hermanos y renunciar ese exclusivismo vergonzoso, que les hace ver la herencia celestial como patrimonio de ellos solos. Sin embargo, sobre los judíos ejerce su influjo la Redencion, y ¡cuántos caen con amor al pié del patíbulo que sus padres levantaron! Al fin, vendrán á ser fervientes adoradores de la Cruz de Jesucristo.

El paganismo no veía menos destruidas sus pretensiones que el judaismo por la Santa Cruz. Apoyada la idolatría en el respeto de los reyes, de los pueblos y de los filósofos, fué, sin embargo, combatida de frente por una religión nueva infamada por el suplicio de su autor. Reconvencía el cristianismo á la idolatría de haber degradado y corrompido al hombre; el paganismo no podía ser indiferente á tan graves acusaciones y determinó hacer al cristianismo una guerra implacable; y así lo hizo; pero fué vencido, y ya veis ahora á las religiones paganas sepultadas en el panteon donde yacen las concepciones monstruosas del hombre. Ved cuántos prestigios sostenían á los dioses paganos, prestigios que los hacían casi invencibles. Tenía el paganismo de su parte á todo el género humano; contaba con el poder del imperio romano, con las preocupaciones de la educacion, con todos los recuerdos piadosos, con los instintos de la costumbre, con las afecciones de la patria: tenía en su favor las malas pasiones, todos los deseos culpables del corazón que satisfacía hasta la hartura por una moral sibarita: en fin, el influjo de un culto astutamente calculado era casi irresistible. “Ah! si pudiérais ver una ceremonia pagana, dice el P. Tacordaire, si pudiérais ver á Roma entera subiendo al templo de Júpiter capitolino; ese pueblo, esas legiones, ese senado, todos los recuerdos patrióticos subiendo con ellos, y todos juntos llevando á los dioses la nueva victoria de Roma; si hubiérais oído el silencio y el ruido de la unanimidad, ese murmullo de todas las pasiones convencidas de su derecho y satisfechas de su triunfo, tal vez,

sucumbiendo á esa general embriaguez, hubiérais tenido un momento inclinada la cabeza y adorado en las manos de Roma á los antiguos dioses del mundo.” Hé aquí lo que la Cruz debía destruir y reemplazar: la sensualidad con la penitencia, el orgullo con la humildad, el amor propio con la propia abnegacion; es decir, con la Cruz las águilas romanas y Júpiter con Jesucristo. Esto pasma, señores, y arranca sentimientos inmensos de adoracion y amor á la enseña sacrosanta del Gólgota por victoria tan espléndida. El racionalismo venia tras el paganismo, y á recibir golpes no menos destructores. Torpemente se engañó la razon humana al juzgar los designios altísimos de la Cruz. No vino Jesucristo á encadenar la razon, sino á apoyarla, á dirigirla, á levantarla. Dándole los principios de los conocimientos. El que es el *Señor de las ciencias*, en nada menoscababa su independencia; al contrario, le ministraba alas para que emprendiera su vuelo con rápido curso por las regiones del saber. Pero envanecida con sus débiles luces, la razon humana ha tenido la soberbia pretension de escalar las alturas del cielo por sí sola y de penetrar en las profundidades de la tierra: con desdén ha despreciado el apoyo divino, y suspicaz y recelosa, abriga una concentrada animosidad contra la Cruz. La experiencia de diez y nueve siglos ha demostrado que la locura de la Cruz es sabiduría infinita, y la sabiduría de la razon humana una verdadera locura. La Cruz salvó al mundo, desconcertando los raciocinios de la razon del hombre; y no obteniéndose sino por la Cruz la vida moral y la vida intelectual, está descubierta la insuficiencia de la razon en la insensatez de sus sabios, en las ilusiones de sus filósofos y en la vanidad de sus sistemas.

Pero si la razon humana defendía su independencia, que equivocadamente creía amenazada, el poder temporal no era menos celoso de la suya: engreído con su fuerza física, no quería consentir en la existencia de otro poder que juzgaba rival. Tenía expeditos sus medios de ac-



cion para dominar exclusivamente; debian ser sus miras y á realizarlas tenderian sus esfuerzos. Aquí resplandece la misericordiosa mision de la Cruz. Era un bien inapreciable sin disputa. Destruir el despotismo, separando el poder espiritual del material: esto precisamente ha hecho Jesucristo por el misterio de la Cruz. Se reservó el poder espiritual y confió á las potestades de la tierra el imperio de la fuerza. No se conformó el poder temporal con tan sabia como humanitaria distribucion, y se declaró en abierta lucha contra la cruz; pero ha tenido que ceder ante el derecho y la justicia del cristianismo; y gracias á Dios en los países católicos que viven bajo el amparo exclusivo de la Cruz, es imposible el despotismo y reina una bien reglada libertad.

El hombre venia á su vez á poner rémoras al establecimiento de la Cruz en el mundo: no podia oír sin zozobra la predicacion de una doctrina que reprobaba altamente las depravadas inclinaciones del corazon humano. Todos experimentamos la alarma, la revolucion que causa en nuestra naturaleza cuanto enfrena nuestras turbulentas pasiones, y contra esas resistencias tuvo que luchar la Santa Cruz de Jesucristo; pero aisladas ó reunidas quedaron vencidas en la arena del combate. Adoptó el mundo la Cruz, símbolo de su ventura; y bien lo sabeis, las pasiones espantadas cedieron y las virtudes cristianas, practicadas en todo tiempo y en diversos grados, testifican que el hombre antiguo se ha convertido en el hombre nuevo por la omnipotencia de la Cruz. Triunfo es éste tan brillante, que admiramos en los altares hombres en quienes sus sentimientos han sido todo amor, y su amor todo divino; mas bien que hombres, fueron á la manera del espíritu de los ángeles, que pasaron por la tierra como una muestra de la gloria de los justos en la tierra.

Peró Satanás, Satanás, el implacable enemigo del género humano; ¿podia ser indiferente á las gloriosas conquistas de la Cruz? El, envidioso desde la creacion de la inocencia primitiva del hombre, ¿dejaria de poner

trabas á la regeneracion de la estirpe viciada? Desde el abismo del infierno Satanás bramaba de rabia y urdia astutamente asechanzas contra la Cruz: el sembró el ódio en el corazon de los judíos, armó el brazo de los tiranos contra los adoradores de la Cruz, sugiere las herejías y los delirios del racionalismo, pone en juego cuantos medios le inspira su orgullo abatido, un rencor tan profundo como el averno. Sin embargo, la serpiente venenosa lucha y peca en vano, su cabeza ha sido quebrantada: enroscóse desesperada en la cruz al santificarla el Salvador con su muerte divina, como para ahogar á la angustiada victima; pero descendió confundida del madero sagrado, destituida de su antiguo poder, encadenada y vencida. La redencion fué consumada, el Evangelio predicado, la religion cristiana establecida, la herejía confundida y el racionalismo derrotado. La Cruz ha triunfado de sus enemigos, de los espíritus malignos, de Satanás con todas sus legiones de demonios. Restaba, señores, un enemigo mas, la muerte armada de su destructora guadaña. Abrióse las puertas de la tierra el pecado, se apoderó de ella y la ha recorrido sobre su carro fúnebre en todas direcciones, haciendo millares de victimas; pero no ha sido menos desgraciada en su empresa. La Cruz es la espada que ha despedazado la segur de la muerte y la llave que le ha cerrado la morada de los hijos de Dios. Jesu risto con su muerte nos dió la vida: para el cristiano la muerte no es mas que una trasformacion gloriosa y el sepulcro la entrada á una eternidad feliz. *Levántate tú que duermes y sal de la tumba*, nos ha dicho Jesucristo, y el Apóstol, al contemplar estático el vencimiento de la muerte, la ha interpelado: *¿Dónde está joh muerte! tu victoria? ¿Dónde está joh muerte! tu aguijon?* La Cruz, señores, sobre nuestro sepulcro es un símbolo de gracia, de resurreccion, de inmortalidad y de gloria.

— Aquí tenemos un estudio sobre los enemigos de la Cruz. Siempre me habia interesado el ocuparme de un asunto que, trayendo á la memoria las glorias y esperanzas que



brillan en lo alto de la Cruz, reavivara hácia ella vuestra confianza, vuestra piedad, vuestro amor, así por la consideracion de lo que le debe todo el género humano, como por el recuerdo de lo que Dios ha hecho en favor de nosotros, en particular por la preciosísima prenda de la Cruz de Huatulco. Cercados por todas partes de enemigos que nos acechan de continuo y que no esperan mas que una coyuntura para lanzarse sobre nosotros, deber era é imprescindible indicaros donde estaba la defensa, la fortaleza, el consuelo del cristiano en los peligros á que nos orillan nuestros enemigos. Rindamos, pues, señores, á la cruz de Jesucristo nuestros homenajes, consagrémosle hasta los suspiros de nuestra existencia, clave-mos en ella nuestras pasiones; y la Enseña del Calvario que ha dominado á los enemigos de Dios contra sí, los vencerá igualmente en sus embates contra nosotros. En las agitaciones de nuestra borrascosa vida, en las vicisitudes de los tiempos, la Cruz triunfante levantará nuestros abatidos ánimos, nos inundará de esperanzas y nos hará tocar la dicha deseada; y si velada con las sombras del infortunio se nos presentase alguna vez tétrica á la vista, no desfallezcamos; recordemos que ninguna potestad puede cosa alguna contra la cruz de Jesucristo, que mientras mas reñido sea el combate, tanto mas gloriosa será la victoria, y que no es coronado sino el que pelea legítimamente. Permittedme, señores, que os refiera un hecho portentoso y que ha sido, no hace mucho, sellado con la autoridad de la Iglesia. Caminaba para Manila San Felipe de Jesus, cuando lo sorprendió en el mar deshecha tempestad. En momentos supremos fija su vista en el cielo y admira una cruz blanca, resplandeciente, que bien pronto adquiere un color de sangre: una negra nube cubrió aquel imponente y misterioso fenómeno. Despues el ilustre mexicano padeció por la fe y obtenia en el Japon el triunfo del martirio. Así Dios, hermanos míos, nos conduce por vías misteriosas y en medio de tempestades y borrascas al puerto de la felicidad, poniéndonos delan-

te la Cruz del Salvador, que nos anima, nos sostiene y comunica, cada vez mas, nuevo vigor en nuestros combates. Para hacernos dignos de tan soberana proteccion preciso es que la honremos con nuestras buenas obras; y si los enemigos de Dios se han coaligado contra la Cruz jurando hacerle una guerra sin tregua, hagámosles entender nosotros que estamos determinados á armarnos, en propia defensa y la de Dios, de todas las virtudes evangélicas y que con ellas somos invencibles. Manejándonos de este modo contarémos con la victoria en el tiempo, y llegará un dia en que podamos entonar alegremente en la eternidad este cántico de triunfo: "El Señor es mi protector, mi escudo, mi gloria y el que me levantó del abatimiento. En todo apuro alcé mi grito al Señor pidiéndole socorro, y él se dignó escucharme benignamente desde su santo monte. Buenas pruebas tengo de que nunca me abandonó, porque siempre humillé y confundió á los que sin justa causa se me declararon enemigos: quebrantó el orgullo y la fuerza de mis violentos perseguidores. Del Señor, pues, es de quien solamente nos viene la salvacion."—AMEN.